10726

ANTONIO LÓPEZ MONÍS y JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

EL TÍO POLÍTICO

JUGUETE CÓMICO

en dos actos y en prosa, original

Copyright, by A. López Monís y J. López Núñez, 1918

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1919

26

Recuerdo cariñoso al
mi amigo Paiano de su
antiguo.
J. López Núñez

EL TÍO POLÍTICO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande

---

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

EL TIO POLITICO

JUGUETE CÓMICO

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO LÓPEZ MONÍS y JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

Estrenado en el TEATRO INFANTA ISABEL de Madrid
el día 18 de diciembre de 1918

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1919

A Paco Alarcón,

que con su gracia y su buena voluntad ha puesto tanto como nosotros para el buen éxito de este juguete, se lo dedican con todo cariño y con un estrecho abrazo,

A. López Monís,

J. López Núñez.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA	Nieves Suárez.
DOÑA EUFRASIA	Juana Manso.
LUISA	Carmen Posadas.
ETELVINA	Blanca Jiménez.
WENCESLAO	Francisco Alarcón.
QUINTANAPALLA	José G. Aguilar.
JORGE	Alejandro Maximino.
ALCALDE	José Portillo.
DAVID	Alfredo Alaiz.
LORENZO	Antonio Estévez.
BESUGUILLO	Pedro Oltra.
CRIADO	Víctor Codina.

ACTO PRIMERO

Despacho algo lujoso. Repartidos por la escena vense numerosas sillas, sólidas y consistentes; mesa de escritorio a la izquierda. Cerca de aquélla otra más pequeña para periódicos. Adornan las paredes cuadros de los llamados de Historia, varias fotografías, algún que otro diploma y no pocos títulos, pues la acción se desarrolla en casa del Alcalde de un pueblo, en pleno período electoral. Es de día.

—

(Al levantarse el telón, WENCESLAO está en el balcón del fondo dirigiendo la palabra al público, que se supone abajo en la calle. En el balcón le acompaña el ALCALDE y dentro de la habitación están DOÑA EUFRASIA y su hija ETELVINA, LUISA y JORGE, DAVID y el CRIADO. Todos escuchan lo que Wenceslao dice a las masas, procurando no tapar la figura de éste para que sea vista del público.)

Wen. Y no quiero cansaros más, inteligentes y simpáticos electores.

Voces (Dentro.) ¡No! ¡No!...

Euf. (A los pocos que están en escena.) No quieren que termine.

David Como que habla que arrebata.

Wen. Si vuestros votos corresponden a vuestro entusiasmo y el acta es mía, yo seré siempre un padre para vosotros.

Voces (Dentro.) ¡Viva el padre nuestro!

Euf. (Asombrada.) ¡Ave María!

Wen. Y el pueblo sufrirá una transformación con la influencia de vuestro Diputado que nada tendréis que envidiar a París, ni a San Se-

669719

bastián, ni a Soria. Esa plaza que hay detrás del Ayuntamiento se convertirá en un parque florido lleno de surtidores; se convertirá en una gran avenida que llevará el nombre de vuestro Alcalde; esa callejuela donde está enclavada esta casa, Avenida de Cirilo Lupiáñez; esta callejuela tortuosa, esta callejuela miserable, esta callejuela que... esta callejuela... (Aparte al Alcalde.) Que me he perdido en esta callejuela. ¡Avenida de Cirilo Lupiañez! Y en ella se instalarán dos magníficos bares donde os den el vino a mitad de precio.

Voces ¡Viva! ¡Vivaaa!

(Los aplausos ahogan la voz del orador.)

Wen. ¡Basta de aplausos ya, bravos pecheros! La emoción no me deja continuar, la voz me empieza a faltar y la necesidad de reponer mis fuerzas me produce mareos. Voy a almorzar; pero mi pensamiento no se aparta de vosotros. Pensad en mí, votadme el domingo, y salud para todos los habitantes de este leal y heroico pueblo. He dicho.

(Una ovación dentro que obliga a Wenceslao a saludar dos o tres veces desde el balcón hasta que éste se retira definitivamente y entra en escena, donde los personajes que hay le aplauden cariñosamente.)

Euf. ¡Bravo! Muy bien, amigo Quintanapalla. Tiene usted una elocuencia que conmueve.

Wen. Gracias, gracias.

Alc. Se ha metido usted en el bolsillo todo el censo del pueblo.

David Eso de reformar el pueblo...

Criado ¿Pues y lo de rebajar el vino?

Alc. Como eso se cunda por los pueblos de al lao, lo votan hasta los niños de las escuelas.

Wen. La costumbre de la política y de la oratoria. Esto para mí no tiene importancia; yo sé hablar a cada auditorio el lenguaje apropiado, y todos me entienden.

Jorge ¡Es mucho tío!

Wen. (A Etelvina y Luisa.) Y a ustedes, ¿qué les ha parecido?

Luisa Nosotras no entendemos de cosas políticas.

Etel. Pero nos ha parecido un bonito discurso.

Wen. Eso es lo que más me enorgullece, los elogios de esas boquitas de rosa y los aplausos

de esas manos de nieve. Por ellos podría darse por bien empleada la derrota.

Euf. Este hombre siempre versallesco.

Alc. ¿Cómo ha dicho usted?

Euf. Versallesco: gentil como un abate y galán como un mosquetero.

Alc. (Al Criado.) Pues señor, si entiendo a esta mujer que me emplumen.

Wen. Y como la nota de todos mis discursos es la sinceridad, lo que les he dicho a esos sencillos lugareños es cierto: me estoy cayendo de cansancio, y creo que es la hora del refrigerio.

Alc. Ahora mesmo. Tú, Luisa, anda y que preparen ese refresco. (Luisa sale. A Wenceslao.) Y he mandao poner un almuerzo, con su plato favorito.

Wen. Mi plato favorito son magras con tomate.

David Hasta luego, indiscutible diputado.

Wen. ¡Magras!

David ¿Eh?

Wen Gracias; es que estaba distraído.

David Hasta después. (Sale.)

Luisa (Apareciendo en la puerta.) Cuando ustedes quieran.

Alc. Vamos allá.

Wen. Y ya verán el honor que le voy a hacer a ese almuerzo cuando sea hora... Yo sólo pienso en él... (Hace mutis. El Criado queda en escena.)

Criado ¡Hay que ver qué pico de hombre! Bueno, y la mañana se pasa y ese Martínez sin llegar.

Quin. (Que llega por la izquierda segundo término.) ¿Esta es la casa del señor Alcalde?

Criado Sí, señor.

Quin. ¿Está?

Criado Ya lo creo.

Quin. Pues dile que está aquí...

Criado Lo sé. Voy a avisar a don Jorge, que me encargó que le avisara cuando usted viniera.

Quin. (Sorprendido.) ¡Eh!... ¿Pero es que me esperaban?

Criado ¡Toma! Ya lo creo, como al Santo advenimiento.

Quin. Pues me ha extrañado no ver a nadie en el parador al bajar del coche.

Criado Es que tos han estao aquí hasta ahora mesmo oyendo un discurso que ha echao Quintanapalla... (Silbando ponderativamente.) Un discurso...

Quin. (En el colmo de la extrañeza. Mirando de hito en hito al Criado, como quien se cree víctima de una alucinación o una burla.) ¿Eh?... ¿Quintanapalla?

Criado Sí, señor... Nuestro futuro diputao... El hombre que ha nacío pa redimir al distrito y pa que bajen el vino.

Quin. ¿Dices que Quintanapalla?

Criado Está en el pueblo desde hace unos días y el Alcalde lo tiene hospedao aquí en su casa.

Quin. ¿Sí?... ¿Desde hace unos días?... Pues dime a mí quién soy yo...

Criado (Festivo) Pues ya se lo he dicho a usted. Usted es Martínez, el delegao del Gobernador que están esperando pa la elección.

Quin. ¿Martínez?

Criado Vaya, voy a decir que está usted aquí. (Mutis.)

Quin. (Medio loco.) ¿Pero qué es esto?... ¿Y quién es el otro Quintanapalla? ¿Y quién soy yo y por qué habré salido de Madrid y habré venido a este pueblo? ¡Caray! Que yo venía a conocer a mis electores y antes de emprender el viaje hablé con el Ministro y me contestó como si yo fuera Quintanapalla, y me despedí de mi mujer y ella de mí y yo era Quintanapalla; tomé el tren en la estacion del Norte, y era Quintanapalla; y esta mañana, cuando me desperté más acá de Burgos, era Quintanapalla... ¡Canastos!

(Entra JORGE por la derecha. Es un muchacho de unos veinticinco años, de cierta elocuencia en sus palabras, de cierta distinción en sus ademanes y cierto énfasis, que no cuadra mal en quien, como él, es el Secretario del Ayuntamiento. Viendo a Quintanapalla.)

Jorge ¿Cómo está usted, señor Martínez?

Quin. ¿Cómo Martínez?

Jorge ¡Cómo! ¿No es usted el señor Martínez? Pues entonces, ¿quién es usted?

Quin. (Desfalleciendo.) ¡No lo sé!

Jorge ¿Eh?... ¿Qué dice?

Quin. Que al salir de Madrid para venir a las elecciones era Quintanapalla... Luis Quintana-

palla... Pero al llegar me parece que estoy loco...

Jorge (Aparte.) (¡Dios mío, Quintanapalla!) (Desplomándose en sus brazos.) No me mate usted.

Quin. ¡Qué!... Pero, ¿quién es usted?

Jorge (Sin alientos.) El sobrino de mi tío. De Quintanapalla...

Quin. ¿Sobrino mío?

Jorge Sí, señor.

Quin. ¿Cómo?

Jorge No, señor.

Quin. Vamos por partes, y enjuiciemos. ¿Qué pasa aquí y quién es su tío y por qué dice usted que no le mate y qué tengo yo que ver con nada de esto?

Jorge Tenga usted piedad, señor Martínez, digo, señor Quintanapalla.

Quin. ¿Quién es el otro?

Jorge Mi tío.

Quin. Bueno, o usted se burla de mí o yo no estoy en mi juicio. ¿No soy yo el candidato del Gobierno? ¿Sí? ¿Pues entonces qué me importa a mí su tío?

Jorge Mucho; porque a él deberá usted el acta.

Quin. ¿Encima eso?

Jorge Deshizo una conjura que aquí había contra usted. Ha sembrado en todo el distrito el odio a Gutiérrez, su adversario político y se ha hecho el amo de los votos con su elocuencia, y aprovechándose de la feliz circunstancia de no ser usted conocido en la localidad.

Quin. Si el Ministro me dijo...

Jorge Aquí pensaban jugársela al Ministro y votar a Gutiérrez pero llegó mi tío a sus asuntos particulares conmigo. Se enteró de que usted no venía, y como nuestra situación era muy crítica, para no comprometerme a mí y no deshacer mi boda, se decidió a ser Quintanapalla.

Quin. Y yo no lo toleraré.

Jorge Todos perderemos, y usted el primero.

Quin. ¿Yo?

Jorge Usted. ¿Pero no le digo que mi tío tiene la elección asegurada? Si ahora se descubriera que él no era Quintanapalla, los electores le echarían a usted la culpa de esta burla y su elección peligraría...

Quin. Pero...

Jorge Viene gente. Venga usted conmigo; le explicaré todo, y creo que accederá a no descubrirnos.

Quin. Usted y su tío son dos in...

Jorge Dos infelices, ya lo sé.

Quin. Iba a decir dos indecentes.

Jorge Diga usted lo que quiera; pero venga usted, yo necesito explicarle...

Quin. Pero...

Jorge Venga usted, que ya me lo agradecerá. (Empujándole.)

Quin. Es que yo,..

Jorge Cuando le digo que me lo agradecerá... (Después de obligar a Quintanapalla a hacer mutis por primera izquierda dice aparte.) Bueno, yo a éste lo convenzo, ya lo creo que lo convenzo. (Mutis tras él.)

(Salen DOÑA EUFRASIA y ETELVINA por la derecha.)

Etel. (Viendo que no hay nadie en la habitación.) Pero, mamá.

Euf. Ese hombre, Etelvina, está enamorado de ti. ¡Y qué suerte, hija mía, qué suerte! Porque eso no es un hombre; es un ruiseñor que trina en la enramada, es el trovador gentil que dice endechas. ¡Qué suerte, Etelvina, qué suerte!

Etel. ¿Suerte? ¡Quién lo sabe! Yo me acuerdo mucho de Lorenzo.

Euf. Juego de niños; tonterías de la infancia; simpatías de la juventud si tú quieres, pero nada, nada.

Etel. No, mamá, no; mis relaciones con Lorenzo eran más que todo eso; eran cariño verdadero, amor.

Euf. ¡Bah! ¡Bah! ¿Qué sabes tú de esas cosas?

Etel. ¿Pero qué le diremos cuando él vuelva? ¿Cómo justificar mi conducta cuando regrese de Madrid y sepa que... No, no... Además yo estoy enamorada de él.

Euf. Te repito que todas esas son niñerías. Y si es verdad que te quiere será el primero en comprender que haces bien en romper con él para unir tu suerte a un hombre tan ilustre como Quintanapalla. Un hombre que mañana será diputado, que pasado mañana será Subsecretario, que el mes que viene

puede ser ministro de Abastecimientos... Tu mismo padre, a quien escribí haciéndole partícipe de mis esperanzas, me contestó mostrándose orgulloso de la fausta nueva. ¡Tú casada con Quintanapalla!

Etel. Pero si aún él nada me ha dicho seriamente...

Euf. Te lo dirá, estoy segurísima. Una madre no se equivoca nunca en estas cosas. ¡Ah! El llega. Insinúate con él y que te encuentre cariñosa y asaz interesada.

Etel. No sé si podré, mamá.

Euf. Tendré que insinuarme yo por ti. . ¡Eres de lo más pazguata!

(Sale WENCESLAO seguido del ALCALDE.)

Wen. Doña Eufrasia... Etelvina...

Euf. Señor Quintanapalla. (Aparte a Etelvina.) Salúdale cariñosa.

Etel. (Ruborosa.) Don Luis...

Wen. Vivamos un poco la vida del corazón. ¡Qué descansada vida, señores, la del que huye el mundanal ruido, como decía Aristóteles! ¡Ah!... Esta vida agitada y turbulenta de la política proporciona muchos sinsabores y muchos ratos amargos; pero, ¡cómo reconforta tras de la pelea el descanso del espíritu entre personas tan agradables como ustedes! ¡Una señora tan atractiva y tan bondadosa, una niña tan angelical, unos amigos tan abnegados!

Euf. Por Dios, amigo Quintanapalla. Usted nos confunde...

Wen. Ustedes son los que me confunden a mí... (Aparte.) Sobre todo Etelvinita, tan bella, tan buena, tan... tan...

Etel. Gracias.

Euf. No haga usted caso de su cortedad; es hija del afecto que en tan poco tiempo le ha cobrado.

Etel. Mamá...

Euf. Yo no sé disimular; y ésta todos los días me dice: Mamá, qué arrogante, qué simpático, qué guapo es Quintanapalla.

Wen. ¿Eso dice este ángel?

Etel. Si yo no...

Euf. Eso dice. Y a veces suspira sin que yo sepa, aunque adivine la causa; y otras veces...

Etel. Vaya, mamá; vas a hacer que me ruborice más de lo que ya estoy o que me marche.

Euf. ¡Angel de mi vida! Se ruboriza por cualquier cosa.

Wen. Vamos, doña Eufrasia. Yo soy ahora quien le ruego que no diga más. (Aparte.) ¡Vaya una señora!

Alc. Esta señora quiere pescar a Quintanapalla con un descaro...

(Aparece el CRIADO.)

Criado Ahí está ese periodista que esperaban...

Wen. ¿Quién es?

Alc. Un redactor de *El Rumor*, Besuguillo.

Wen. No le conozco... Pero que pase... Besuguillo.

(Mutis el Criado.)

Euf. (Aparte.) ¡Qué poco oportuno es Besuguillo! Ahora que se le iba a declarar.

Alc. ¿Le dejaremos solo? Será lo mejor.

Wen. Nunca. (Conteniéndolos.) El hombre público debe vivir en público, como decía mi profesor en política. (Pausa.) ¿Y sigue mi equipaje sin venir? ¡Ya es demasiado! En cuanto sea diputado voy a hacer una interpelación al ministro de Fomento sobre la pérdida de equipajes.

Alc. ¡Qué escándalo!

Euf. Y ya pueden temblar las Compañías de ferrocarriles.

Wen. (Resignado.) ¡Ya ven ustedes! Cuatro días con esta ropa, cuando yo uso hasta seis trajes diarios. En fin, tendremos paciencia otro día más.

(Entra BESUGUILLO por foro izquierda.)

Wen. (Abrazándole.) Mi querido y admirado Besuguillo... Mi noble amigo Besuguillo. ¡Cuántas ganas tenía de saludarlo para expresarle mi entusiasmo por sus artículos... Cuando regrese a Madrid los mostraré a Burell, que es íntimo amigo mío.

Bes. Muchas gracias.

Wen. Y así conocerá *El Eco*, que es un gran periódico.

Bes. Si yo soy de *El Rumor*. ¿No ha recibido usted el número que antes le envié?

Wen. Es verdad. Y lo leí con todo interés. ¡No faltaba más! Perdone usted mi confusión y dígame en qué puedo servirle, amigo Besuguillo.

Alc. Pero siéntense ustedes.

Bes. Pues yo tengo una pretensión que no sé si será muy atrevida...

Wen. Besuguillo, usted quiere hacerme una interview.

Bes. Exactamente.

Wen. Siempre me negué a ellas, pues mi natural modestia me hizo rechazarlas. Pero es tanto el afecto con que este pueblo me ha acogido, que todo me parece poco para corresponder a él. Pregunte usted lo que quiera.

Euf. ¡Qué cosas vamos a oir!

Bes. (Tras una pausa.) ¿Su vida?

Wen. No, no, no. No toquemos a mi vida... ¿Qué es la vida? Ya lo dijo el clásico ¿Qué es la vida? Un erial... Hablemos de otras cosas; pero de mi vida... ¡Ah! No, eso no vale la pena.

Bes. Bueno, pues entonces dígame usted lo que opina del actual momento.

Wen. ¿Mi opinión? Hela aquí. Que las subsanaciones engendradas en estas turbulencias bélicas, vienen cohonestadas por los que usufructúan el talismán de la gobernación del Estado.

Bes. ¡Qué hombre.

Alc. ¡Habla mejor que Sánchez Toca!

Etel. No lo entiendo.

Bes. ¿Y de política internacional?

Wen. ¡Ah! De la política internacional tengo una opinión que espero muy pronto exponer en el Parlamento. Creo que todos están equivocados y que España ha de pesar mucho para mantener el equilibrio europeo. Y si España no hace sentir su peso, el equilibrio se pierde, y si se pierde el equilibrio... nos romperemos el alma... el alma nacional, que es lo que en definitiva ha de pesar en la contienda mundial; y si no pesa, entonces sí que nos va a pesar. ¿Está esto claro?

Bes. Como el agua. ¿Y del problema religioso?

Wen. ¡Ah! Del problema religioso. ¿Pero es que existe en España ese problema? Si todo aquí nos habla de nuestra fe cristiana y de nuestras creencias; si la religión está dentro de nuestra propia conciencia, que es un sagrado, como usted sabe. De nuestras ma-

dres aprendimos a rezar de pequeñitos, a admirar al Creador de jóvenes y a creer en la madurez Si, como usted ve, estamos rodeados de ángeles por todas partes; si hasta el poeta escéptico, al ver a una mujer hermosa, no tuvo más remedio que exclamar:

Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado.
Hoy creo en Dios.

Euf. (Aparte a Etelvina.) Eso lo dice por ti.

Bes. Y dígame usted... ¿Algún rasgo típico?

Wen. La frugalidad; yo a veces me he pasado los días enteros con un café con media.

Alc. (Aparte.) Pues este hombre ha cambiado mucho.

Wen. Y sobre todo la modestia en el vestir. Ya ve usted, yo tengo infinitos trajes; a rayas, a cuadros, mezclilla... y estoy con este tan a gusto, sin echar de menos ninguno.

Criado (Entrando.) Ustedes perdonen, pero acaban de traer el equipaje del señor Quintanapalla.

Wen. (Aparte.) ¡Eh! ¿Cómo mi...?

Euf. Ya era hora.

Etel. Ha tardado más de una semana.

Wen. ¿Pues creerán ustedes que no lo echaba de menos? Nada, que le había tomado cariño a este traje. (Aparte.) ¿Pero señor, qué equipaje habrán traído? (Alto.) ¿Y dónde está?

Criado Lo he mandado llevar al cuarto del señor. Un baúl, dos maletas, una sombrerera y un portamantas.

Wen. (Aparte.) Esto es una pesadilla. ¿Pero cuándo he tenido yo tanto equipaje? Baúles, maletas, sombrerera, portamantas...

Alc. (A Wenceslao)-Pues vaya a cambiar de traje; no está usted bien así, porque empezarán a venir las comisiones de los pueblos, y unos buenos arreos. . ¿eh?

Wen. (Aparte a Eufrasia.) ¡Qué bruto es este Alcalde! (Alto.) Voy, voy; ¿pero Dios mío, será cosa de Jorge?

Euf. No se debe preocupar del arreglo del equipaje; los hombres no saben de estas cosas. Usted saque la ropa que se haya de poner y el resto lo arreglaré yo cual si se tratase de un hijo.

Wen. (Con sorna.) Gracias, mamá.

Euf. (Aparte a Etelvina.) Me ha llamado mamá.

Bes. Yo me retiro con permiso de ustedes.

Wen. Usted perdonará, pero la llegada del equipaje... Si usted quiere volver a honrarme con su visita..:

Bes. No, gracias. Tengo suficientes datos para hacer una intervieu sensacional.

Wen. Que pondrá muy alto el nombre de *El Eco*.. Es verdad, que es *El Clamor*... *El Rumor*. Usted perdone, pero tiene uno tantas cosas en la cabeza que...

Bes. Servidor de ustedes. (Mutis.) Vamos nosotros con Luisita.

Euf. Mientras, Quintanapalla se viste y entro a arreglarle su equipaje. (Mutis las dos.)

Alc. (A Wenceslao.) Y usted dese prisa a vestirse lo mejor que pueda.

Wen. Desde luego. (Aparte.) ¡Ha llegado mi equipaje! Esto es un cuento de las mil y una noches. (Mutis por la izquierda primer termino.)

(Queda en escena solo el ALCALDE)

Alc. Vaya, voy a estudiar el discurso que me ha escrito Jorge pa que le eche el día del almuerzo en honor de nuestro diputado. (Coje de la mesa unas cuartillas y se pone a leer como si estudiara efectivamente.) ¡Señores! Esos aplausos con que me habéis recibido al levantarme a hablar... (En tono natural.) Pues anda, que si no me aplauden, hemos hecho las diez de últimas, porque no voy a saber cómo empezar. Bueno, esto ya lo dispondrá Jorge. (Vuelve a su tono oratorio.) Al levantarme a hablar me demuestran que todos estais contentos de vuestro Alcalde porque ha puesto to su valor y tóa su influencia pa que salga diputao un hombre como Quintanapalla. Y yo al levantarme me siento... me siento... ¿En qué quedamos, me levanto o me siento? (En tono natural.) Me parece que esto debe estar mal. (Lee.) «Me siento orgulloso del triunfo que habemos conseguido pa ese hombre ilustre. ¿Quién es Quintauapalla? ¿Quién es ese hombre ilustre?

Jorge (Apareciendo en la puerta.) Adiós, ya se ha enterado. Yo le diré a usted, Quintanapalla...

Alc. Pero, hombre, ¿por qué me has escrito este discurso tan largo? ¿Quién es Quintanapalla? Señores: Quintanapalla ..

Jorge (Comprendiendo.) ¡Ah, es el discurso!

Alc. Es el llamado a regenerar la política española. Es el llamado...

David (Dentro.) Jorge.

Alc. Te han llamado. Es el llamado a que el caciquismo... (Mutis.)

David Jorge.

Jorge ¿Qué quieres, hombre, con esa prisa?

David Traigo una mala noticia que comunicarte.

Jorge ¿Qué pasa? Habla, David, habla. (Respira fuerte para serenarse.)

(QUINTANAPALLA va a salir, pero oye a David la frase siguiente y queda inmóvil.)

David Quintanapalla, mi amigo de la infancia, el ilustre político, no tiene más remedio que batirse mañana.

Jorge ¿Qué?

David Lo que oyes. Ese Gutiérrez, quemado por la derrota que prevée y tomando pie del discurso de Quintanapalla en el salón del Ayuntamiento, ha nombrado sus padrinos, y por telégrafo ha anunciado que mañana vendrá para el lance. Ahora estaban los padrinos en el Casino hablando del caso, y dentro de un rato vendrán a ver a Quintanapalla para que nombre los suyos.

Jorge Pues Quintanapalla los nombra con instrucciones para que el asunto se arregle con un acta, y asunto concluído.

David Es que Gutiérrez ha dicho que si él no mata a Quintanapalla en el duelo, tiene pagado a un desalmado de ahí de Minglanilla de arriba para que al día siguiente del desafío le aceche por las calles y le mate como a un perro.

Jorge Pues sí que el caso es como para tomar el primer tren.

David Por eso he venido corriendo a avisarte, a ver si entre los dos pensamos algo...

Jorge Has hecho bien. Bueno, vé tú con Quintanapalla para prevenirle del caso y yo pensaré a ver si le encuentro solución.

David Voy allá. ¡Pobre Quintanapalla! ¡Con lo bruto que es ese Gutiérrez! (Hace mutis por la segunda izquierda.)

Jorge (Pensativo.) ¡Dios mío! Pues esto no es fácil de arreglar...

(LORENZO viene con ademán descompuesto.)

Lor. Buenos días.

Jorge Lorenzo... Amigo mío...

Lor. (Sin dejar de pasear.) ¡Amigo tuyo!... No... Eso era antes.

Jorge Pero...

Lor. Has cometido conmigo la deslealtad de no avisarme a tiempo que Quintanapalla hacía el amor a Etelvina... Gracias a otro camarada fiel, conozco la verdad... Y he regresado, y con la energía conque se defiende la existencia defenderé mi cariño. Oyelo bien... Quintapanalla morirá.

Jorge Lorenzo.

Lor. Nada... Morirá.. Primero hablaré con doña Eufrasia. Y si lo que sospecho es cierto, si la familia, deslumbrada por la aureola de ese político lo prefiere a mi... lo mato.

Jorge Pero...

Lor. Voy a buscarla... ¡Ay de todos!... (Mutis por la derecha.)

Jorge ¡Qué va a suceder aquí, y por culpa mía!... (Hace mutis por la izquierda primer término.)

Quin. (Saliendo.) ¡Señores, qué cataclismo! Menos mal que hay otro Quintanapalla, que si no... Tenía razón Jorge. ¡Cualquiera dice en esta casa que es Quintanapalla! ¡Si llego a sospechar esto!.. Suplantado en mi personalidad, rodeado de enemigos que odian mi nombre, de celosos que quieren mi vida... ¡Ah, no, Quintapanalla, no! Creo que me va mejor de Martínez. (Mira hacia la izquierda y se retira presurosamente por el segundo término del mismo lateral oyendo las voces de Wenceslao y Jorge.)

(Y entra WENCESLAO por la izquierda primer término vestido con un magnífico traje del verdadero Quintanapalla. Llega presumiendo más que un jorobado y trae cogido del brazo a JORGE, a quien se supone que ha encontrado en el camino.)

Wen. (Refiriéndose a su indumentaria.) ¿Para qué has gastado tanto?... No hacía falta tanta ropa.

Jorge Yo no he comprado nada... (Viendo entrar a DOÑA EUFRASIA que llega por la derecha segundo término.) ¡Doña Eufrasia!

Euf. Este Lorenzo está hecho un basilisco, pero ya lo amansaremos. (A Wenceslao.) Veo que ha sacado usted ya su ropa. Y voy a arreglarle el equipaje como si fuese el de mi hijo.

Quin. Gracias, mamá. Ande, ande. (La empuja. A Jorge.) Bueno, ¿qué es esto?

Jorge Una visión.

Wen. No digo doña Eufrasia, sino el traje.

Jorge No está mal del todo...

Wen. Después de todo, ¿qué? Lo haya comprado quien lo haya comprado. Necesitaba un equipaje y lo tengo. En ello veo la mano de la Providencia.

Jorge Y yo la mano que aprieta.

Wen. Jorge... Querido Jorge... ¿Qué dices?

Jorge Tío Wenceslao... Quintanapalla está aquí.

Wen. ¡Caray! ¿Dónde?

Jorge En la casa.

Wen. (Señalando la ropa.) ¿Entonces esto?

Jorge La mano que aprieta.

Wen. (Haciendo ademán de pegar.) Mejor la mano que atiza.

Jorge Ya ve usted lo que nos ocurre por su atrevimiento.

Wen. Hombre. Pues eso es lo que me faltaba, que me eches a mi la culpa.

Jorge Pues de usted es, nada más que usted.

Wen. Mira; no hables con esa ligereza de tu tío.

Jorge ¿Pero qué necesidad teníamos de esto?... Vamos a ver!

Wen. Hombre, eres más fresco que yo que es cuanto se puede decir. ¿Que qué necesidad teníamos? La de salvarte a ti. Vine de improviso a ver cómo andabas de fondos para que me auxiliaras y te avergonzaste al verme llegar. Como habías forjado tu boda con la hija del Alcalde diciendo que yo era un millonario de América, era natural tu espanto. Pero, ¡ah! Surgió el talento de tu tío para resolver el conflicto... Período electoral... luchas... Un candidato desconocido al que se espera, y anuncia que no viene... La perspectiva de una semana opípara y suculenta... ¿Qué más? Tu matrimonio realizado con mi auxilio... La elección ganada para el verdadero Quintanapalla... Una recompensa espléndida... ¡El vértigo! No me negarás que todo era tentador.

Jorge Tentador, sí; pero la llegada del verdadero Quintanapalla nos ha estropeado la combinación.

Wen. Bueno, es que los hay inoportunos. ¿Y tú has hablado con él?

Jorge Sí; le he explicado la situación, le he hecho ver lo que le convendría callar hasta después de la elección.

Wen. Y se habrá convencido.

Jorge No sé, no sé, no me fío mucho de él.

Wen. Pues es preciso que lo vigiles, que no lo pierdas de vista un momento, porque con estas personas tan imprudentes hay que estar siempre ojo avizor. A lo mejor hace una tontería.

Jorge Bueno, y luego a ver si después de todo no consigo casarme con Luisa antes de que todo este lío se descubra.

Wen. No te preocupes, hombre, que tú te casarás con ella lo mismo que yo me hubiera casado con Margarita.

Jorge ¿Con quién?

Wen. Con una mujer que no le faltó para ser tu tía más que el canto de un diácono. (Pausa, mirando hacia la derecha.) ¡Calla!... Aquí tienes a Luisa.

(Entra la aludida.)

Luisa (Corriendo hacia Jorge.) ¡Jorge! (Viendo a Wenceslao algo avergonzada y ruborosa.) ¡Ah!

Wen. ¿Ama usted y se acongoja? Ya sabéis que estoy personalmente interesado en vuestra boda, y que antes de irme del distrito quiero dejaros talamizados... Amaos el uno a la otra que yo os bendigo. (Los bendice.)

Luisa (Emocionada.) ¡Qué bueno es! ¡Y cómo me quiere!... Ha dicho a papá que será nuestro padrino. (Pausa.) ¡Qué lástima que no esté en España tu tío Wenceslao, el de las minas!

Wen. Sí, de brillantes. Y creo que tiene una fortuna colosal, la cual este picarón será el heredero.

Luisa No sé por qué me lo figuro como todos esos millonarios que se ven en las películas. Alto, con patillas blancas, muy cariñoso, ¿verdad?

Wen. Pero yo no me lo figuro con patillas.

Luisa Entregado a sus negocios y pensando en su sobrino. ¡Cómo se alegrará de nuestra felicidad cuando la conozca! (Pausa.) Pero te veo preocupado, intranquilo, inquieto. ¿Qué te pasa? Parece que todo lo que te digo te con-

traría... que no me quieres o que me quieres menos... y sufro mucho... y me dan ganas de llorar, sí... ganas de llorar por ti...

Jorge (Emocionado y poniendo en sus palabras el fervor de una ilusión amorosa.) Dime, Luisa. ¿Cuento contigo? ¿Puedo tener confianza en ti para saber que ocurra lo que ocurra y suceda lo que suceda me querrás?

Luisa Jorge... me asustas. ¿Qué tienes? ¿Por qué me hablas así? ¿Qué puedes temer para que así te expreses?

Jorge (Tras una pausa.) Nada...

Wen. Vamos, hombre. No intranquilices a la chica. ¡Ea! dadme un abrazo y desechad preocupaciones. (Va a abrazar a Jorge, pero lo deja con los brazos en alto y abraza a Luisa; juego que repite dos veces más. A la tercera, Jorge le coje rápidamente y lo aparta de Luisa. Aparte.) ¡Caramba, qué rica es mi sobrina! (Alto.) Vaya, andad, andad a deciros ternezas y cariños, que yo siempre velo por vosotros.

Luisa Qué bueno es usted. (Otro abrazo.)

Jorge ¿Vamos?

Luisa Vamos, y hablaremos de tu tío Wenceslao si ello te distrae.

Jorge Mira, hablaremos de nuestras cosas. Quiero despreocuparme de mi tío. Quédate ahí que ahora recuerdo que... hasta luego. (Mutis los dos.)

Wen. ¡Habrá ingrato! (Se queda mirando al sitio por donde han hecho mutis y al volverse se encuentra con QUINTANAPALLA que le mira atentamente.) ¿Eh? ¡Cómo me mira!

Quin. (Aparte.) Juraría que esa ropa es mía. (Alto.) Buenos días.

Wen. Buenos.

Quin. Muy buenos, señor...

Wen. Quintanapalla, Luis Quintanapalla, para servir a usted.

Quin. Muchas gracias. (Aparte.) Ya decía yo que ese traje era mío.

Wen. ¿Pero qué me mira usted con tanta atención?

Quin. Nada... tenga mucho cuidado con la americana, porque estas lanas en seguida hacen arrugas.

Wen. Muchas gracias. ¿Es usted quizá el sastre del pueblo?

Quin. No, señor; pero me intereso mucho por todo el que lleva una buena ropa. Ello demuestra un buen gusto y una distinción.

Wen. A mí siempre me ha gustado vestir bien.

Quin. ¡Caray! Aquí tiene usted una mancha que... (Con el pañuelo trata de limpiársela, restregando sobre la ropa.)

Wen. Caramba, qué servicial. Me anodada usted con sus atenciones. Hombre, y tiene usted una cara de infeliz y de bueno que dan ganas de protegerle, señor...

Quin. ¿A que no adivina usted mi nombre?

Wen. No... ¡Ah, qué torpe! Usted es Martínez el delegado del Gobernador a quien estábamos esperando.

Quin. No, señor. (Con mucha naturalidad.) Yo soy Quintanapalla.

Wen. (Casi desmayándose de la impresión.) ¡Ah!

Quin. Pero no tema usted. He pensado bien mi situación y me conviene que Quintanapalla lo sea usted.

Wen. (Balbuciente.) Bueno, yo le diré, ya le explicaré, es que... la... lo...

Quin. Nada, hombre, que usted es Quintanapalla, y yo Martínez, Fernández, el que sea me conviene.

Wen. (Enérgico y decidido.) Y hace usted bien, sí, señor, porque aquí el nombre de Quintanapalla está rodeado de enemigos. (Aparte.) Yo lo asusto.

Quin. Lo sé.

Wen. (Aparte y escamado.) ¡Caray!

Quin. Y he llegado a aterrarme.

Wen. ¡Acerolas! ¡Ah, ya caigo! (Más escamado.) Jorge le ha dicho eso para asustarlo.

Quin. Hace poco he oído que quería sacarle los ojos a Quintanapalla una mujer engañada.

Wen. ¡Infeliz!

Quin. Y hay un muchacho que quiere matarlo.

Wen. ¡Ja, ja, ja!... Me da lástima.

Quin. Y Gutiérrez ha enviado sus padrinos.

Wen. Los esperaba.

Quin. ¿Pero usted no teme?...

Wen. ¿Yo? ¿Temer yo? Nunca; yo no conozco el miedo. Que vengan, que me busquen. Contra todos juntos tengo aliento y tengo bríos.

Quin. ¡Bravo! (Dándole un pescozón.)

Wen. Por algo, para luchar contra todos y ganar la elección, soy yo Quintanapalla. (Haciendo un gesto de energía y dándose un tirón en la solapa.)

Quin. Por Dios, cuide usted la ropita.

(Aparece JORGE en la puerta.)

Jorge (Viéndolos juntos.) ¡Los dos! *¡Tableau!*

Wen. Bien, hombre, bien. Pasa, Jorge, que aquí el amigo Quintanapalla y yo...

Jorge ¿Eh?

Quin. Que estamos de acuerdo.

Jorge ¡Gracias a Dios! Pero tengo que darle a usted una mala noticia.

Wen. ¿Mala?

Quin. ¿Lo del desafío?

Jorge Eso, lo del desafío.

Wen. (Creyendo que todo es una invención de Jorge.) ¡Ah! sí, ya lo sabía. ¡Bah! Con lo que a mí me agradan los desafíos. (Haciendo ademán de batirse.) ¡Zás! ¡Zás! ¡Tocado! Nada, hombre, nada. (Aparte a Jorge.) Tienes ingenio.

Jorge ¿Qué?

Wen. ¿Armas?

Jorge El sable.

Wen. ¡Ja, ja! el sable, mi arma favorita. ¡Cualquiera me da a mí un sablazo! Te digo que... (Aparte.) ¡Vamos! ¡A sable!

Quin. (Alto.) Bueno, amigo Quintanapalla, dígame dónde está mi equipaje que voy a buscar unos papeles que me interesan.

Wen. Por ahí, en ese cuarto.

Quin. Y lo dicho, no se achique usted. Me conviene que sea usted Quintanapalla. (Mutis.)

Wen. Tienes talento, Jorge; no está mal urdido eso del desafío.

Jorge Le advierto a usted que no se trata de ninguna chirigota, que es verdad.

Wen. (Miedoso.) ¿Eh?

Jorge Que tiene usted que ventilar dos cuestiones; una con Gutiérrez y otra con Lorenzo.

Wen. Mira, no me gastes bromas con la existencia. Pero, ¿qué voy a ventilar yo nada?

Jorge Que no es broma, que acabo de recibir a los padrinos de Gutiérrez que están abajo y yo he subido a avisarle a usted para que los reciba.

Wen. ¿Entonces todo es verdad? Lo de Gutiérrez, lo de Lorenzo. ¡Ay, Dios mío!

Jorge Tío Wences...

Wen. No venzo, no; me muero de pánico. Y yo no soy más Quintanapalla.

Jorge ¿Cómo? Eso sí que no. Usted sigue siendo Quintanapalla hasta que yo me case con Luisa, si no usted no sale vivo de aquí.

Wen. Vamos, hombre, tú no me conoces a mí corriendo. Yo tomo ahora mismo carretera adelante y no paro hasta Buenos Aires. ¿Batirme yo con dos? Vamos, Jorge, que tú estás como para que te encierren. ¡Zás! ¡Zás! ¿Tocado? Pero que ni a la ventana te asomes. (Mutis.)

Jorge Tío, que es preciso. Tío...

(Mutis detrás de él. DOÑA EUFRASIA y QUINTANAPALLA que salen juntos. La primera entra sumamente alterada y el segundo burlándose.)

Quin. Pero oiga usted, señora. ¿Con qué derecho ha cogido usted ese retrato?

Euf. Si ha entrado usted en el cuarto de Quintanapalla para que desapareciera este cuerpo del delito. (Mostrándole un retrato.) Yo lo evité.

Quin. ¿Cuerpo del delito?

Euf. ¡Miserable! A Luis, su Margarita... infame... impúdica...

Quin. Que es mi mujer.

Euf. ¿Sí? ¿Y lo confiesa usted?

Quin. Sí, señora.

Euf. ¿Y consiente usted que se halle su retrato en el bolsillo interior de la americana gris de Quintanapalla?

Quin. Es que... es que...

Euf. Pero velaba una madre y el engaño no se ha perpetrado.

Quin. Bueno, señora, déjeme usted en paz que a mí eso no me importa nada, y venga ese retrato. (Mutis.)

Euf. Jamás; se lo devolveré a usted después de aclarar este asunto con el señor Quintanapalla.

Quin. (Afortunadamente no está aquí mi mujer.) Como usted quiera. (Hace mutis por la izquierda primer término.)

Euf. Los he visto cínicos; pero esto es un caso único.

Wen. (A Jorge dentro.) Vaya, que me dejes en paz. He dicho que me voy y me voy.

(Sale WENCESLAO seguido de JORGE.)

Euf. (A Wenceslao.) Una breve explicación sin testigos.

Wen. (A Jorge.) Ya oíste.

Jorge (A su tío.) No olvides mi decisión.

Wen. (Tras una pausa.) Hable pronto mi noble amiga.

Euf. Recojo lo de noble y rechazo lo de amiga.

Wen. ¿Cómo? ¿Qué escuché? ¿Qué oí...? ¿De manera que rehusais el testimonio de mi amistad en estos momentos en que necesito los consuelos de alguien que sea para mí como una madre?

Euf. (Terrible.) Bígamo.

Wen. ¿Yo?

Euf. (Trágica.) Polígamo.

Wen. ¿Polígono yo? Doña Eufrasia...

Euf. Ha engañado usted a la más crédula de las muchachas, cuando su corazón no era libre...

Wen. Yo le juro que después de lo de Margarita, no he sentido afecto más que por usted y por su hija.

Euf. ¡Y lo confiesa!... ¡Margarita! (Dándole el retrato.) Tome usted el cuerpo del delito.

Wen. (Mirándola.) ¡Ella! (Leyendo la dedicatoria.) A Luis... A otro... Es decir, a mí...

Euf. Alguien se encargará de tomar una ejemplar venganza... Beso a usted la diestra... ¡Pobre Etelvina!... ¡Pobre de mí! (Mutis por la derecha.)

Wen. ¡Ella!... ¡Margarita!... A su Luis... ¡Es la mujer de Quintanapalla! (Guardando el retrato.) La mujer que fué mi amor, mi ilusión, casada con Quintanapalla.

(Entra QUINTANAPALLA.)

Quin. ¿Qué, cómo va usted resolviendo esas cuestiones? Cada vez estoy más contento de que usted me reemplace en estos asuntos.

Wen. ¡Pues yo no!

Quin. ¡Cómo! ¿Qué dice usted? ¿Y su valor?

Wen. ¿Se me ha acabado!

Quin. ¿Qué oigo?

Wen. Que me arrepiento de todo... que soy Wenceslao... que seguiré siéndolo... que no quiero pasar más por Quintanapalla.

Quin. Sí. ¿Eh? Usted es Quintanapalla porque yo quiero, porque el distrito quiere y porque la ley lo quiere.

Wen. ¡Pues yo no lo quiero!

Quin. ¿Que no?... Usted es Quintanapalla como yo Martínez. De lo contrario, la muerte no, pero el presidio... Usurpación de estado civil, estafa...

Wen. Esto es una coacción.

Quin. Ahora bien, siguiendo usted así de ilustre y de Quintanapalla, mi recompensa será pingüe... Elija...

Wen. (Tras de una pausa.) Que sea lo que Dios quiera...

Quin. Bien. Una vez ganada la elección, a Madrid. Mi secretario perpetuo. Sueldo crecido.,.

Wen. ¿Sueldo crecido ha dicho usted? ¡Basta! (Aparte.) ¡Nutrición, qué cara cuestas!

Quin. Es usted un hombre ingenioso. Es el orador que necesita el distrito. Gracias a usted ganaré la elección. No se preocupe de mí. Como si yo no existiera. Adiós, adiós, señor Quintanapalla. (Va a hacer mutis por la izquierda y entra JORGE.)

Wen. Mi suerte se halla trazada...

(Se oyen dentro murmullos como de personas que disputan y salen JORGE y QUINTANAPALLA.)

Wen. ¿Qué es eso?

Jorge ¿Está usted preparado?

Wen. A todo.

Jorge Los padrinos de Gutiérrez, y los padrinos de Lorenzo que disputan por la prioridad para plantearle a usted el lance.

Wen. Vaya, que yo me voy y esta farsa se ha acabado ya. Yo soy Wenceslao.

Jorge ¡Cá! Usted es Quintanapalla hasta que yo me case.

Quin. Usted es Quintanapalla hasta que se soluc'onen todos estos conflictos, o esta noche duerme usted en la carcel.

Wen. ¡Ay, mísero de mí!

Jorge (Asomándose a la lateral.) Señores: Aquí está Quintanapalla que los espera.

Wen. (En un arranque de decisión.) ¡Pues al duelo! (Mirando a los padrinos y cayendo en una silla.) Bueno, el duelo se despide en Pardiñas. (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero

—

(Al levantarse el telon llegan por el fondo MARGARITA, mujer de Quintanapalla y el ALCALDE: La primera con elegante ropa de viaje y el segundo vestido de dia de fiesta.)

Alc. Pase osté, señora, pase osté. Asiéntese y asosiéguese que su esposo no está como osté se lo figura.

Marg. (Que manifiesta gran emoción.) ¡Ay, señor Alcalde...! Hasta que lo vea no descanso. Soy vehemente, impulsiva, muy nerviosa. No puedo remediarlo. Por eso cuando a las once de la mañana de ayer leí en los periódicos de Madrid que mi esposo había sido víctima de varias agresiones y que se había batido, no quise saber más. Tomé un coche, dos trenes, una tartana, luego un automóvil y aquí estoy para sacarlo de aquí o llevarme sus mortales restos como doña Juana la loca. (Solloza desconsolada.)

Alc. Señora...

Marg. ¡Y eso que se lo advertí! Mira, no vayas a ese pueblo porque allí son muy bestias.

Alc. Indígenas, señora. Nada más que indígenas.

Marg. ¿Dónde está mi marido?

Alc. Ahora le avisaré y saldrá.

Marg. ¿Entonces es que anda, es que alienta, es que respira?

Alc. Sí, señora. Lo que tiene no es náa: seis palos en la cabeza, un sablazo en un hombro, dos cascotazos en la nuca... ¡Ná!

Marg. (Aterrada.) ¡Jesús! Y dice que no es nada el muy indígena. ¡Ay, Dios míol... ¡Y él que decía que iba a salir diputado por el artículo 29, va a salir, pero en artículo mortis!... ¡Qué desgracia!

Alc. Vamos, señora. ¿No le he dicho a osté que lo que tiene no es náa? ¿Cree osté si no que nosotros íbamos a celebrar la fiesta de la tercera amonestación de mi hija que se me casa mañana, si su marido que va a ser el padrino estuviese de cuidao? Lo que ocurre es que el señor Quintanapalla, su esposo, es muy aprensivo, se ha asustado no sé por qué y se ha puesto en la cabeza una venda que más que venda es un telón; porque le cubre toa y no ha dejao fuera más que un ojo para ver y la boca pa comer. A veces se la quita cuando está solo; pero cuando hay gente no hay quien le vea la faz. Lo que podíamos hacer, si a osté le parece bien, es darle una sorpresa con su visita, presentándole de pronto, sin que él la esperase a osté.

Marg. (Despnés de una pausa.) Quizás eso sería lo mejor.

Alc. Sin duda alguna. Pero acá llega doña Eufrasia. La dejaré con ella mientras aviso a mi hija que se alegrará mucho de conocerla. (Entra DOÑA EUFRASIA por la derecha segundo término.)

Euf. (Viéndola.) ¡Ah...!

Alc. Doña Eufrasia... Aquí tiene osté a la esposa del señor Quintanapalla.

Euf. (¡La del retrato!) Señora...

Alc. De aquí a luego. (¡Qué bien huele esta mujer!) (Mutis por la derecha segundo término.)

Euf. ¿Con que es usted la esposa del señor Quintanapalla?

Marg. Sí, señora.

Euf. ¿Esposa legítima?

Marg. ¿Eh?

Euf. Perdone mi suspicacia. Pero es que nuestro anterior representante en Cortes, el señor Logroño, tuvo la avilantez de presentarnos acá como suya a una señora que no era legítima.

Marg. ¿Y qué tengo yo que ver conque esa señora fuese o no fuese legítima de Logroño?

Euf. Esa pregunta no es tan baladí. Es que aquello nos sentó muy mal. Resultó que aquella señora que se decía de Logroño era de la libre América y por consiguiente muy despreocupada. Y no es que las señoras de por acá seamos levíticas; pero tampoco somos como esas americanas de manga tan ancha.

Marg. (Esta mujer está loca.)

Euf. Y hay más... ¡Como da la coincidencia de que el señor Quintanapalla se las daba de soltero! (¡Anda con esa!)

Marg. ¿Cómo?

Euf. Lo que la dije. Por eso antes de franquearme con usted quise persuadirme de la legitimidad de su estado.

Marg. Bien; pero...

Euf. Soy madre; por esto me perdonará usted que flagele su corazón de esposa. Mi Etelvina hase impuesto a mi prudencia.

Marg. ¿Tiene usted dos hijas?

Euf. Esta prudencia es mi virtud capital. Etelvina es hija única y un verdadero ángel al que su esposo, el señor Quintanapalla, ha requerido de amores villanamente, fingiéndose completamente célibe...

Marg. ¿Qué dice usted? ¿Que él...?

Euf. Sí. Que el muy polígamo...

Marg. ¡Dios mío! ¡Qué desengaño! ¡Qué horrible noticia!

Euf. La propia Etelvina se lo corroborará, si es que usted necesita que corroboren lo que yo digo.

Marg. Sí. Es preciso. Quiero hablar con su hija. Saberlo todo. Conocer todo. ¡Ah...! Miserable.

Euf. Apacígüese usted que hay tiempo. Prosigamos por esa ala...

Marg. ¡Hala...!

(Hacen mutis por la derecha primer término, en ocasión que llega LORENZO por el fondo.)

Lor. Nada. Y no hay otro remedio. ¡Como está doña Eufrasia! ¡Con el miedo que yo tengo a Quintanapalla exigirme que me bata con él! Y si es veldad lo que cuentan del duelo con Martínez, este tío es de los que atizan.

¡Y es capaz de negarme la mano de Etelvina como no le lleve la cabeza de este pobre señor que a mí maldita la gracia que me hace ya!

(Asoma WENCESLAO por la izquierda primer término. Como dijo antes el Alcalde, la venda que cubre su cabeza es una sábana.)

Alc. (Viendo a Lorenzo,) (¿Vendrá éste también a matarme?) (Los dos se miran, casi se olfatean.)

Lor. ¿Cómo se encuentra usted, señor Quintanapalla?

Wen. Como encontrarme me encuentro regular; pero yo quiero perderme; irme de aquí, ¡vaya!

Lor. No sabe usted lo que me alegro.

Wen. Tantas gracias, pollo. Es usted un palomo sin hiel.

Lor. Su vida es para mí un tesoro... preciosísimo.

Wen. (¡Ay! ¡Me piropea!) Pero siéntese usted, ¿no? Lo que usted quiera. Pero lo de usted es singular, porque es usted la primera persona que me habla así enmedio de tantos enemigos. ¡He recibido tantos golpes en esta vida y en esta cabeza!

Lor. Yo no le hubiera perdonado a Gutiérrez que lo matase en el desafío.

Wen. Muchas gracias.

Lor. Sí. Porque del hilo de su existencia pende mi felicidad y yo soy quien debe cortar el hilo.

Wen. ¡Hola!

Lor. Se lo he prometido a doña Eufrasia, de cuyos blasones soy el vengador.

Wen. Pollo, usted es un ganso.

Lor. Soy su enemigo de usted; pero un enemigo leal. No le atacaré mientras no esté usted en condiciones de defenderse.

Wen. (Con la venda no me pega. Hay que quedar bien.) No es necesario. Para luchar siempre es hora. Vamos. Ya me he liado la manta a la cabeza.

Lor. ¿La manta? Si eso parece una sábana.

Wen. ¡Hum...! Ha llegado el momento de quitarse la venda. ¡Hum...!

Lor. (Asustado.) No... No... Cuando esté usted en condiciones.

Wen. (Lo asusté.) Quítese de mi vista so monigote.

Lor. ¿Eh? (Achicamiento de Wenceslao.) Pero me contengo porque estoy en casa ajena... so mamarracho. Ya nos veremos cuando esté usted restablecido.

Wen. (Para rato hay.)

Lor. Servidor de usted. (Camina hacia el fondo en ocasión que llegu QUINTANAPALLA al que franquea la entrada diciéndole.) Beso a usted la mano.

Quin. ¿Qué sucede?

Wen. (Muy enérgico.) Señor Martínez... Esto que hace usted conmigo rompe el fiel si lo coloca usted en la balanza de la justicia.

Quin. No sea usted pesado.

Wen. Déjeme usted salir de este pueblo, porque me van hacer ragú.

Quin. Después de la elección.

Wen. Ahora mismo.

Quin. No quede ser.

Wen. Pero..

(Entra JORGE por la derecha, segundo término, muy alegre.)

Jorge Hola, señores. ¡Tío Wenceslao!

Quin. ¡Silencio! Podían oirle...

Jorge Es verdad. Y tan cercanos como estamos de conseguir el triunfo. Yo, que me caso mañana, usted que será diputado. ¡Ah!...

Wen. Y yo que me voy de aquí.

Jorge (Trocando el júbilo en energía iracunda.) ¿Cómo?... ¡De ningún modo! ¡No faltaba más!

Wen. Pero...

Quin. (Mirando a la derecha.) El Alcalde.

(Entra el ALCALDE por el lugar indicado.)

Alc. Vamos, hombre. ¡Al fin que se le ve a osté! Lo está esperando el Alcalde del Metorral que quié conocerle. Venga osté conmigo.

Wen. (Echando a andar en dirección a la calle.) Vamos.

Quin. ¿Cómo?...

Jorge ¿Qué es eso?

Alc. (Haciéndole rectificar el camino y llevándoselo hacia la derecha segundo término.) Por aquí... ¿Dónde tié osté la cabeza? ¿No quiere irse pa la calle?... Venga osté conmigo: que aluego cuando se hayan dío tóos los invitaos y estemos solos, tengo que darle a osté...

Wen. ¿Un garrotazo?

Alc. Una gran sorpresa.

Wen. Vamos. (Amenaza a Quintanapalla y a Jorge y hace mutis.)

Jorge ¡Pobrecillo!... Me da lástima. Es un desahogado, pero al fin es de la familia.

Quin. Es necesario tener paciencia antes de que todo se comprometa.

Jorge La tendremos.

Quin. El va a sufrir mucho; pero ya sabe usted que le he ofrecido una buena recompensa. Además, es un hombre acostumbrado a resistir los embates de la vida.

Jorge Sí; pero hay que reconocer que han sido muchos embates los que aquí le dieron. Primero, Martínez, que lo sableó.

Quin. ¡Paradógico!

Jorge Los de Minglanilla que lo cascotearon; el ordinario de Matorral que le soltó cuatro desvergüenzas.

Quin. ¿Qué se puede esperar de un ordinario?

Jorge El Manco, que le dió dos estacazos.

Quin. Y eso que era manco.

Jorge Pero, como usted dice muy bien, hay que tener paciencia; usted, por lo pronto, no lo pierda de vista, porque ese es capaz de escaparse.

Quin. ¡Cá! ¡En seguida lo suelto yo!

Jorge Yo voy a ver a Luisa, pues como estamos en vísperas de boda, tenemos todavía muchas cosas que arreglar. Adiós, amigo Martínez.

(Mutis derecha segundo término, en ocasión que llega jadeante por el fondo DAVID.)

David ¿Se puede?

Quin. ¿Qué hay?

David (Sofocadísimo. Hablando a borbotones.) He corrido como un lebrel y he olfateado como un foxte-rrier, porque yo soy un perro para mis amigos.

Quin. ¿Qué hay?

David He hablado con el señor Gutiérrez cuando se disponía a tomar el coche para irse a dar un mitin en el pueblo de al lado, le he expuesto el caso, le he pintado las cosas de una manera, que me ha dicho que ahora mismo, sin perder momento, vaya usted, y que si tardamos, se irá en el coche a dar el mitin.

Quin. Pues vamos. La representación que ostento, no me permite demorar esta entrevista. El señor Quintanapalla no me perdonaría que

por mi culpa se desarreglase el asunto. Vamos, amigo David.

David (En el mutis.) ¡Qué buena persona es Quintanapalla, mi amigo de siempre.

(Mutis por el fondo, en ocasión que llega WENCESLAO por la derecha segundo término.)

Wen. Gracias a Dios que estoy solo. Y qué brutos son los Alcaldes de estos pueblos. Este me ha pedido un ramal que enlace con la estación de Minglanilla. Claro está que yo le ofrecí el ramal. ¡Cuando Quintanapalla tenga que dar todo lo que en su nombre prometí yo, le van a volver loco! A un Alcalde le prometí colocar a su hijo de vista de aduanas; a otro le ofrecí *El Sol* para que publique sus poesías... a otro le he ofrecido la luna... yo qué sé... ¡El caos!... Bueno... Ahora mismo cojo una maleta, meto en ella lo mejor del equipaje de Quintanapalla, y carretera adelante me planto donde pueda tomar el tren. Una vez allí me subo en los topes, y hala, hala, a Madrid en un vuelo. Yo no puedo más.

(Hace mutis por la izquierda primer término. Hay una pousa. Se oyen las voces de MARGARITA y ETELVINA que se aproximan por la derecha, entrando inmediatamente por el primer término de dicho lateral.)

Marg. ¿De manera que era a usted a quien ese miserable le hacía el amor?

Etel. Mire usted, señora... Yo no lo sé... Porque como mi mamá es así... Se empeñó en creer que el señor Quintanapalla me cortejaba y se volvió loca. Yo sólo puedo decir que su marido no me ha dirigido la más leve insinuación.

Marg. (Incrédula.) ¡Espíritu sublime! Quiere usted atenuar la culpa de ese malvado. Comprendo su generosidad, pero no la creo. Mi marido recibirá su merecido castigo. Yo se lo juro.

Etel. ¡Por Dios, señora! Mire usted que el pobre señor está completamente desconocido después del desafío. La herida debió ser terrible. Porque se sabe que es él por la ropa, porque todos lo dicen; hasta la voz se le tornó en ronca y quejumbrosa. Tenga usted compasión de él, que yo le he perdonado.

Marg. Basta, señorita. Yo sé lo que debo hacer.

Etel. Yo se lo suplico.

Marg. Es inútil. Yo soy vehemente, impetuosa, de genio brusco, de rápidas decisiones. ¿Es esta su habitación? (Señalando a la izquierda.)

Etel. Sí.

Marg. Déjeme usted sola; si no quiere presenciar una escena algo violenta.

Etel. (Haciendo mutis por la derecha segundo término.) ¡Pobre Quintanapalla!

Marg. ¡Infame! ¡Engañarme así! Pero ya se acordará de mí, o dejo de ser Margarita Díez y Díez.

(Sale WENCESLAO que la escucha.)

Wen. ¡Rediez! Mi antiguo amor.

(Margarita contempla a Wenceslao, que, con la venda sobre la cabeza, se colocó un sombrero, y es un adefesio. Lleva además en la mano una maleta.)

Marg. (Refiriéndose a esto.) ¡Ja, ja, ja! ¿Quieres escaparte? ¿Huías?

Wen. (Con voz desencajada.) Sí.

Marg. Pues yo lo impediré. ¡Miserable!

Wen. (Dejando caer la maleta.) ¡Dios mío!

Marg. Pero. . ¿Esa voz?... No es la suya. Y sin embargo, esa ropa... Y esa venda...! A ver. (Se aproxima a él.)

Wen. Margarita, ¿es posible que no se acuerde usted de mí y que mis facciones no le digan nada?

Marg. Si no se deslía usted la cabeza o me dice quién es, no.

Wen. Yo soy Wenceslao Izquierdo, su antiguo adorador.

Marg. ¿Usted?

Wen. Sí. Yo que estoy condenado a no poderme ir de este pueblo.

Marg. Bien. Pero explíquese. ¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo está herido también? ¿Ha venido acompañando a mi esposo?

Wen. Vine en pos de mi destino, que me deparó el horrible encuentro con su marido, que es un infame.

Marg. Esto último lo sé.

Wen. Es un infame que no merece la ventura de ser su esposo. Esa felicidad que yo abrigué como el ideal de mi existencia, y sigo abrigando. ¿Qué me contesta?

Marg. ¿Yo?... Que se le quite a usted eso de la cabeza.

Wen. De acuerdo. Espere usted. (Se deslía la venda.)

Marg. ¿Qué hace?

Wen. Lo que me dijo. ¡Ajajá! ¿Qué le parece?

Marg. ¿Pero y la herida?

Wen. No existe más que en mi calenturienta imaginación. Hice esto para que no me asesinaran, para que me tuvieran lástima; pero su marido que es un hombre sanguinario...

Marg. No me lo recuerde. Pero... (Aparte.) ¡Ah! ¡Qué idea! Este tonto me va a servir para vengarme. ¡Ojo por ojo! ¡Diente por diente! ¡El me ha engañado! Que sufra y padezca ese mal esposo. (Alto.) Caballero... En otros tiempos usted me hizo el amor.

Wen. Sí. En aquellos días en que yo, Wenceslao, la escribía a usted cartas poéticas que firmaba siempre llamándome su Lao Izquierdo.

Marg. Pues bien, le autorizo a usted para que siga haciéndomelo, Wencelao. Amigo mío, hágame el amor.

Wen. (Aparte.) ¡Atiza! La he vuelto loca. (Alto.) ¿El amor yo? ¡Qué horrible sarcasmo! En otros tiempos, cuando la vida me sonreía, cuando la existencia era para mí un tesoro, usted me despreció, sumiéndome en una noche eterna, en una soledad lóbrega, en un páramo desierto; y hoy, cuando ante mi vista no hay más horizonte que el de la adversidad, cuando soy un náufrago de la vida, quiere usted tenderme un cable salvador con sus promesas. Pero, ¡ay, Margarita! En la situación a que he llegado, prefiero ahogarme. (Adelantándose a una interrupción de ella.) Sí; prefiero ahogarme a volver a despertar las ilusiones perdidas que, como dijo el poeta:

Son hojas ¡ay! desprendidas
del árbol del corazón.

Marg. (Aparte.) ¿A que ahora no se atreve? No, pues yo lo sonsaco. (Alto y suspirando con fingida emoción.) ¡Ay!

Wen. ¿Suspira usted?

Marg. Suspiro porque me han conmovido sus desgracias; y quizá lo que no pudo conseguir su gallardía pasada lo consiga su desventura presehte.

Wen. Margarita, no me compadezca usted, porque con eso me humilla más.

Marg. ¿Ignora usted que de la compasión al amor no hay más que un paso?

Wen. (Aparte.) A esta la enternezco y la sableo. (Se sienta en la maleta a los pies de ella.) ¿Pero es verdad lo que escucharon mis oídos?

Marg. Sí.

Wen. ¿De manera que puedo esperar?...

Marg. Sí.

Wen. ¡Ah, Margarita!

(Se oye murmullo de gente por la derecha.)

(Entra el ALCALDE con LUISA.)

Alc. (Aproximándose.) Ven, Luisa, ven. Vas a conocer a la mujer de Quintanapalla. (Entrando.) ¡Hola! La pareja feliz se arrulla.

Marg. ¿La pareja feliz?

Wen. ¡Psch!

Alc. Señora. Hé aquí a mi hija, cuyo enlace celebraremos mañana. (Luisa y Margarita se saludan.) Antes no quiso interrumpirla mientras estaba usted con doña Eufrasia, porque mi hija, aunque este mal el decirlo, es muy mirada.

Luisa Sí, señora. Y al mismo tiempo, en vez de entretenerla a usted, quise prepararla una habitación. Me pareció lo más oportuno.

Wen. Desde luego

Alc. Una habitación donde cabrá el matrimonio y donde estarán como en su casa. (A Margarita.) Por lo que veo, se anticipó usted a mis propósitos de sorprender a esta columna de la política, que ya está mejor, según observo, ¿no?

Wen. ¡Ah! ¿pero la sorpresa era...?

Alc. (A Luisa.) Anda, enséñale a esta señora dónde está la habitación conyugal.

Marg. No se moleste.

Luisa Al contrario. Verá usted en ella mucha sencillez, pero también el deseo que todos tenemos de agradar a usted...

Wen. Vamos a la cámara nuncial. (Ofrece el brazo a Margarita.)

Marg. Pero, ¿qué es esto?

(Entra JORGE.)

Alc. Un momento, señora. Aquí tié osté al que mañana será esposo de mi hija. (A Jorge.) La señora de Quintanapalla.

Jorge (¡Mi madre!)

Wen. Tu tía.

Jorge Tanto gusto, Pero yo, con su permiso, desearía hablar con el señor...

Marg. Por mí... Vamos a mi habitación.

Alc. Ahora vendré por usted.

(Hacen mutis por la derecha segundo término, Margarita, Luisa y el Alcalde.)

Jorge (Refiriéndose a la venda.) ¿Y?...

Wen. ¿Eh?

Jorge ¿Y?...

Wen. ¡Oh!... Me la quité. Ahora voy a estar muy a gusto aquí.

Jorge ¿Qué mujer es esa?

Wen. La mía... Es decir, la que me ayudará a vengarme. Quintanapalla se acuerda de mí y me paga todo lo que me hizo. Espera. Voy a dejar la maleta, porque de aquí no me echan ni veinte ametralladoras.

Jorge Pero, tío....

Wen. Nada. (Coge la maleta y desaparece con ella por la izquierda primer término.)

Jorge ¡La mujer de Quintanapalla! Me matan. No me cabe duda.

(Y entra QUINTANAPALLA por el fondo.)

Quin. ¡Albricias! Dentro de un momento es fácil que se solucione todo. Espero que Gutiérrez se retire de la lucha, y entonces...

Jorge ¡Dios mío! (En toda esta escena no deja de pasear muy alterado.)

Quin. (Viéndole.) ¿Qué le pasa a usted?

Jorge Que me vuelvo loco.

Quin. ¿Por qué?

Jorge Porque acaba de llegar la mujer de mi tío.

Quin. ¡Ja, ja, ja! Eso me hace gracia.

Jorge Si, sí.

Quin. Será un bonito final de este episodio. ¡Cualquiera sabe qué mujer será!

Jorge Señor Quinta...

Quin. (Rectificando.) Señor Martínez.

Jorge Es verdad, señor Martínez. Estamos sobre un volcán.

Quin ¡Bah!

Jorge ¡Señor Martínez!...

Quin. No se apure usted.

Jorge Mire usted que...

(Entra WENCESLAO.)

Quin. (Viéndole.) ¿Qué? ¿Y esos ánimos?

Wen. ¡Psch! Bien.

Quin. No sabe usted lo que me agrada verlo tan propicio a servirnos.

Jorge No le haga usted caso. Dice eso por decir algo.

Wen. (Enérgico.) No, señor. Lo digo porque estoy contento.

Quin. Bien: señor Quintanapalla.

Wen. ¡Qué quiere usted! Me veo casado de la noche a la mañana y esto conforta.

Jorge ¡Tío!

Quin. Bien. Ya me dijo algo su sobrino. Pero explíquenos usted el misterio de ese casamiento. No sé por qué me figuro que debe ser una cosa graciosísima.

Jorge Sí, sí.

Quín. Y nos vamos a reir mucho. Vamos, amigo Quintanapalla, ¿qué mujer es esa?

Wen. Se trata de una historia antigua.

Quin. ¿Algún amor pasado?

Wen. Pasado por agua.

Quin. ¿Cómo?

Wen. La conocí a bordo de un trasatlántico; la mar estaba serena, yo sereno...

Jorge ¡Tío! No diga usted tonterias.

Quin. Déjelo usted, Jorge. Este asunto, como todos los que se relacionan con su tío, debe tener mucha gracia. No sé por qué presiento que esa mujer ha venido aquí a darle algún disgusto.

Wen. ¡Las mujeres! No hay ninguna que no dé disgustos. Sobre todo esta, va a darnos muchos a mí y a... su marido. Porque esta mujer es casada.

Quin. (Sin poder contener la risa.) ¿También eso? ¿Casada con algún amigo suyo? Porque la historia es siempre la misma.

Wen. (Riendo también.) Sí, casada con un amigo mío; pero vea usted lo que son las cosas: ahora resulta que se trata de mi mujer. ¡Ja, ja, ja!...

Quin. ¡Ja, ja, ja! Pero eso es una película.

Wen. Se trata de la mujer de Quintanapalla.

Quin. ¿Eh?...

Wen. Y como Quintanapalla soy yo... pues lo que usted decía antes, nos vamos a reir mucho.

Quin. (Avanzando hacia él para meterle mano) Misera... Pero reflexionemos... Amigo Wenceslao... Ahora mismo va usted a irse del pueblo.

Wen. Sí, sí.

Jorge ¡Tío!

Quin. ¿No?... ¿Quiere usted aprovecharse de esta situación equívoca? ¡Canalla!

Jorge (Mirando hacia la derecha.) El Alcalde.
(Y entra el aludido.)

Alc. ¿Qué sucede?

Quin. ¡Ja, ja, ja! Nada. El señor Quintanapalla que quiere irse de aquí.

Alc. ¿Cómo? Eso es imposible. Aquí está la clave de la elección, y si desaparece todo está perdido.

Wen. ¿Lo ve usted? No puedo abandonar el pueblo...

Quin. (¡Lo mato!)

Alc. Vaya osté a ver la habitación que le prepararon. Allí está su esposa con mi hija.

Wen. Voy. Amigos míos... (Hace una reverencia y se va por la derecha segundo término.)

Alc. ¡Ja, ja, ja! La suerte de este hombre es pa envidiarla. Vaya una mujer que tiene. Es una venus con... y con... y con... ¡Ja, ja!...
(Hace mutis detrás de Wenceslao.)

Quin. (Paseando muy alterado.) Lo mato... Lo mato.

Jorge (Detrás de él.) Señor Quintanapalla. ¿No decía usted que nos íbamos a reir? Reflexionemos, tengamos tranquilidad.

Quin. Imposible. Su tío es un bribón que va a morir en mis manos si no se va de esta casa y de este pueblo.

Jorge Pero...
(El CRIADO por el fondo.)

Criado ¿Hay permiso? ¿Se puede pasar? (Viendo pasear a los dos. Llamando su atención.) ¡Eh, señor Martínez!

Quin. Señor Demonios.

Criado ¡Rediez!

Quin. ¿Qué quieres?

Criado Decirle a osté... ¿Está osté?... Que abajo está Gutiérrez esperando a osté. No quiere subir, pero dice que viene por las razones que osté le prometío y que con eso el señor Quintanapalla será deputao mañana. Ya lo sabe tóo el pueblo y van a venir en manifestación aquí, pa que el señor Quintanapalla ecne otro discurso.

Quin. ¡Al fin! Ya voy. (El Criado hace mutis. A Jorge.) Triunfé... ¡Guay de ese miserable como pre-

tenda aprovecharse de la ocasión. (Hace mutis por el fondo.)

Jorge Eso es, todos solucionan sus conflictos. Ahora quedo yo. Y como me estropeen la boda, me río yo del terremoto de la Martinica.

(Entra LUISA por la derecha segundo término.)

Luisa Jorge.

Jorge Vida mía.

Luisa Me parece mentira tanta felicidad.

Jorge ¡Quién sabe, Luisa?

Luisa ¿Cómo? ¿Que quién sabe? ¿Pues qué sucede?

Jorge Nada. Es que a mí también me parece que todo lo que nos rodea es mentira, y temo que todo sea un sueño.

Luisa ¡Bah! Nuestra unión es inevitable. Por encima de todo está el vínculo que nos unirá, y nadie podrá deshacer ya nuestra boda.

Jorge Luisa mía.

Luisa Jorge.

Jorge ¡Cuánto ambicioné este instante! ¡Cuánto anhelé que llegara este momento!

Luisa ¡Qué lástima que no esté aquí, a nuestro lado, tu pobre tío Wenceslao, el de las minas de brillantes, que disfrutaría tanto con nuestra boda!

Jorge Es verdad. ¡Qué lastima!

Luisa Jorge, ¿es cierto que me quieres mucho?

Jorge Luisa, ¿y tú me lo preguntas?

(Están muy amartelados cuando entra MARGARITA y WENCESLAO por la derecha segundo término.)

Luisa (Viéndolos da un grito.) Es que... Es que... ¡Ah!

Wen. Nada. Efusividades del corazón.

Luisa ¡Qué vergüenza! Vamos, Jorge.

Jorge Vamos, esposa mía. (Hacen mutis por la derecha primer término.)

Wen. ¡Qué alegría de juventnd! ¡Qué envidia producen con su inocencia, con su gran amor, con su gran ternura! Margarita...

Marg. Ahora explíqueme usted lo que significa esto que no entiendo. ¿Dónde está mi marido? ¿Por qué viste usted su ropa?

Wen. La realidad envuelta en el misterio, que diría el filósofo.

Marg. No lo entiendo.

Wen. Sí, mi sol.

Marg. ¿Sol?

Wen. Sí, Sol, sí... Todo esto es obra de su marido,

cuya villana conducta está pidiendo una solfa.

Marg. ¿Una solfa?

Wen. Sí, porque él ha sido (Pronunciando esto como suena, o sea: «él la si do».) el que me hizo harina cuando yo le había salvado. Pero no nos ocupemos de él... Amémonos, Margarita... Véngnese usted de ese hombre que ni siquiera sabe apreciar su tesoro.

Marg. ¡Basta! Por un momento pude escuchar sus palabras de amor, y hasta le animé a que las pronunciara para venganza de mi marido; pero estoy decidida a no seguir adelante. No olvide usted que soy una mujer casada.

Wen. Casada, ya lo sé. Pero, usted sueña con un ideal que no es su esposo.

Marg. ¡Oh, basta, basta!

Wen. No, basta, no. ¿No siente usted en las noches de insonio vagos deseos de un amor sublime? ¿No se le representa la imagen del hombre soñado con la forma de un vago contorno?...

Marg. ¡Basta!...

Wen. Ese vago soy yo. ¿Otras veces no siente usted así como si el corazón tuviera alas y quisiera volar por los espacios de un amor sin límites a lomos de un ligero bruto... Pues ese bruto...

Marg. ¡Es usted!

Wen. (Aparte.) Caramba, este parrafito me ha salido mal. (Alto.) Venga usted, huyamos de este pueblo para que juntos podamos decir con el poeta:

«Qué descansada vida
la del que huye ..»

Marg. ¡Oh! Esto es demasiado...

Wen. De rodillas te imploro una limosna de amor. Mira aquí, a tus plantas pues...

Quin. (Que entra. Viéndole, corriendo hacia él y dándole un puntapié.) ¡Miserable!

Wen. (Huyendo.) ¡Ah!... (Sale disparado por la izquierda, primer término.)

Quin. (A Margarita.) Ahora tú y yo... Dime lo que significa esto.

Marg. Eso mismo pregunto yo.

Quin. ¿Cómo?

Marg. Lo que oyes.

Quin. ¿A qué has venido... y por qué has venido sin avisarme?

Marg. Vine a pasar contigo estos días de lucha. Al saber por un periódico de Madrid que habías sido herido en un desafío... no pude contener la ansiedad que me devoraba... Y ojalá que no hubiera venido nunca, porque yo jamás había sospechado que mientras yo vivía contando las horas que tardaríamos en vernos, tú te dedicabas a enamorar a una muchacha cuya madre me lo acaba de decir, pidiéndome que yo sea su vengadora.

Quin. ¡Ah!... Vamos. Comprendo lo sucedido. Se trata de ese bribón...

Marg. ¿De Wenceslao?

Quin. De ese farsante, que se hacía pasar por mí cuando llegué...

Marg. Pero...

Quin. Yo tampoco quería creerlo y hasta me indigné sabiendo que en mi nombre cometía todo género de fechorías.

Marg. Pero es posible que se atreviese a tanto?... Por supuesto, lo creo capaz de todo...

Quin. Pero sin saberlo me hizo un gran favor... Ahora lo tengo en mi poder y me da lástima, porque después de todo es un desgraciado que no sé cómo va a salir de aquí...

Marg. Ya encontrara algún medio.

Quin. Se le han cerrado todas las puertas. Y temo que tenga que salir por el balcón... Pero no nos preocupemos de ese infeliz, sino de nosotros. (Pausa.) ¿Pudiste sospechar siquiera que iba yo a cometer la deslealtad de engañarte?...

Marg. Luis... Necesito creerte... Quiero creerte... Porque ahora me explico por qué llamaban Luis a ese embaucador.

(Entra en escena DOÑA EUFRASIA por la segunda derecha.)

Euf. (Viéndolos casi abrazados.) ¿Eh? Se conoce que ella es como él. (Tose para llamar su atención. Ellos la ven y siguen como antes.) ¿Pero... continúan? No les importa nada la opinión del mundo... ¡Qué descaro! Señora... caballero... señor Martínez...

Marg. ¿Martínez?

Quin. Perdone, doña Eufrasia, no le había visto.

(Salen LUISA, el ALCALDE y JORGE.)

Alc. ¡Señor Martínez! ¿Tiene usted el valor de cortejar a la esposa del señor Quintanapalla?...

Jorge (Ahora se descubre todo.)

Quin. A la esposa del nuevo Diputado querrá decir, porque ya está asegurada el acta.

Alc. Vamos a decírselo en seguida.

Quin. Sí, vaya y dígale que venga, que yo quiero ser el primero que le dé la noticia del triunfo.

Luisa ¡Cuánto me alegro!

Alc. Voy corriendo. ¡Qué alegría va a tener el pobre! (Mutis.)

Marg. ¿Qué vas a hacer?

Quin. Desenmascarar a ese impostor delante de todos.

Luisa ¿Qué?... ¿Impostor?

Euf. ¿Qué ha dicho usted?

Jorge Yo ruego que...

Quin. ¡Usted se calla ahora!

Luisa ¿Qué quiere decir esto?

Alc. (Entra con WENCESLAO, a quien trae cogido de la mano porque se resiste a entrar.) Vamos, hombre de Dios, que le ván a dar el notición.

Quin. Entre usted, entre usted sin miedo, amigo Quintanapalla. Quiero que sea usted el primero en conocer esta noticia.

Wen. (Aparte.) Valor o estoy perdido. (Alto y queriendo aparecer tranquilo.) Usted dirá, amigo Martínez.

Quin. (Aparte a Margarita.) Bueno, a este tío lo colocas en los altos hornos y los congela. (Alto.) Pues yo vengo ahora mismo de celebrar una conferencia con Gutiérrez.

Alc. ¿Con Gutiérrez?

Quin. Le he dado treinta y cinco mil razones que le han convencido.

Wen. ¡Ah!... Vamos... Pingües razones... Cualquiera se convence...

Quin. Y ha decidido retirarse de la lucha...

Alc. (A Wenceslao.) Eso es que le tiene a usted miedo.

Wen. (Con una cara que indica el temor de confesar delante del Alcalde o de no confesar delante de Quintanapalla, y con un gesto desmayado que es un poema.) ¡Sí!...

Quin. Así es que mañana, Quintanapalla será diputado por el artículo 29.

Euf. ¡Qué suerte tan injusta!... ¡Ah!

Alc.. (A Wenceslao.) Que sea enhorabuena. ¡Viva Quintanapalla! ¡Viva el Diputado!

Quin. Y ahora, señor Alcalde, oiga usted la noticia más gorda: Quintanapalla soy yo.

Luisa ¿Usted?...

Euf. ¿Eh?...

Alc. Cá, hombre. Usted es Martínez. ¿Lo sabré yo?...

Marg. Sí, señor Alcalde, este es el señor Quintanapalla, mi marido.

Alc. (A Wenceslao, que se ha ido al otro extremo.) ¿Pero usted qué dice?

Wen. Que es verdad.

Alc. Entonces, ¿quién es este tío?

Quin. Es el tío de Jorge, su tío Wenceslao.

Alc. ¿El de las minas de brillantes?

Wen. El mismo; ahora que yo lo único brillante que tenía era el traje que me quité ayer.

Alc. ¡Ay su padre!... (A Jorge.) ¡Ay su tío!...

Jorge Perdónelo, señor Alcalde. Yo soy el culpable de todo por mi amor a Luisa.

Luisa Jorge... ¿Nos engañaste a todos?

Jorge Por tu amor.

Euf. ¡Qué desengaño!...

Alc. ¿Y qué hacer?...

Quin. Defenderlo entre todos y que esto no se sepa nunca, porque a él le debo ser diputado.

Alc. ¿A él?...

Wen. Yo soy un hombre influyente.

(Se oyen en la calle junto a la banda de música que se aproxima, las voces de las gentes que aclaman al diputado.)

Voces ¡Viva Quintanapalla! ¡Viva el diputao!...

Quin. Vamos, hombre. Usted que es tan gran orador, arengue a las masas, que lo adoran...

Wen. ¡Allá voy! (La escena se llena con los INVITADOS que se suponían dentro. Caminando hacia el balcón. Arengando al pueblo.) Gracias, amados terratenientes...

Voces No se oye...

Wen. Gracias... Vuestros aplausos me reaniman y vivifican... Y como quiero demostraros mi gratitud, os prometo por mi honor, ha-

cer senador vitalicio a vuestro Alcalde. ¡Viva el Alcalde!...

Todos ¡Viva!...

Wen. Y seguirá siendo para todos un padre (Volviendo al escenario y abrazando a Luisa y Jorge.) y para vosotros un tío. Seré vuestro tío político...

(Telón.)

FIN DEL JUGUETE

OBRAS DE LÓPEZ MONÍS

COMEDIAS

El adivino.
La jaula del loro.
El sombrero hongo.
La torta de Reyes.
¡Pobre España!
La caída. (Segunda edición.)
La bella Colombina. (Dos actos.)
El último duelo.
En casa no comemos...
¡Por vida de Don Quijote!
La risa.
El buen señor...
La vida burguesa. (Dos actos.)
El Rey del Tabaco. (Tres actos y prólogo.)
El tío político. (Juguete cómico en dos actos.)

ZARZUELAS

El maestro Catón, música de Rubio y Estellés.
Concurso universal, música de Valverde (hijo) y Calleja.
El beso de San Silvestre, música de Foglietti.
Las de capirote, música de Calleja y Lleó.
La caprichosa, música de Vives.
La Cocotero, música de Valverde (hijo).
Noche de estreno, música de Foglietti.
Sangre torera, música de Vives.
Las doce de la noche, música de Foglietti. (Segunda edición).
La mujer del prójimo, música de Calleja.
¡Hasta la vuelta! música de Calleja.
Ese es mi hermanito! música de Foglietti.
El que paga descansa, música de Foglietti. (Tercera edición.)

El mesòn de la alegria, música de San Felipe.
Vida de Príncipe, música de Luna y Foglietti.
La Princesa rubia, música de Cabas.
La moza bravía, música de Cabas.
La golferancia, música de Marquina.
¡Si yo fuera Rey! (Dos actos.) Música de Serrano.
El conde se luce en Burgos, música de Penella. (Estrenada en Buenos Aires.)
¡Si yo fuera Rey! (Un acto.) Música de Serrano.
La viudita, música de Foglietti y Faixá.
La voz de la calle, música de Foglietti y Cabas.
El niño de Triana, música de Hernández y Mateos.
El buen ladrón, música de Barrera.
El alma de Garibay, música de Barrera.
La Venus de piedra, música de Alonso y García Álvarez.
La venganza de Arlequín, música de Quinito Valverde.
Las buenas almas, música de Ubeda y García Alvarez.
Una nochecita clara, música de Juan A. Martínez.
El soldado de Nápoles, música de Alonso.

OBRAS NO TEATRALES

El papel vale más. — Colección de composiciones en verso con prólogo de Sinesio Delgado.
Verdes y Blancos.—Colección de Couplets.
Si es broma, puede pasar.—Novela.

OBRAS DE LÓPEZ NÚÑEZ

La corrida de Beneficiencia, comedia en tres actos.

Cosas que vuelven, ídem íd.

El rayo, juguete cómico en tres actos.

El tío político, ídem íd. en dos actos.

PRECIO: 1,50 PESETAS